

La correspondencia de don Sergio

Francisco Pérez Arce Ibarra*

Sergio Méndez Arceo, séptimo obispo de Cuernavaca, vivió los años más intensos de la reforma de la Iglesia católica. Consagrado como obispo en 1952 por el papa Pío XII, don Sergio, como lo llamaba todo mundo, nació en Tlalpan, Distrito Federal, proveniente de una familia católica de Michoacán. Era portador de un pensamiento conservador y asimismo un intelectual, estudioso de la teología y crítico de las formas litúrgicas imperantes. En ese tema fue un reformador, y de una manera osada.

Su primera acción como obispo, que desató una polémica apasionada y cosechó un airado rechazo, pero también elogios sorprendidos, fue la remodelación de la catedral de Cuernavaca. Se trataba de un templo conventual del siglo xvi que había sufrido alteraciones y superposiciones arquitectónicas en distintas épocas, así como pinturas encima de los frescos originales. El proyecto arquitectónico, obra original de fray Gabriel Chávez de la Mora, representaba una transformación mayor. La propuesta iba en el sentido contrario de la religiosidad popular y reivindicaba la centralidad de Cristo, siempre presente en el discurso eclesial, pero negado a menudo con la presencia excesiva de imágenes de la Virgen y los santos.

La audacia de la remodelación hizo de Méndez Arceo un obispo conocido, admirado y criticado en el país y fuera de él. La adaptación litúrgica atrajo el rechazo de muchos fervientes defensores del culto a la Virgen María, que interpretaron los cambios como una ofensa. En la iglesia original, en la parte superior del altar mayor se ubicaba una imagen de la Virgen de la Asunción. En la catedral reformada, arriba del moderno altar principal sólo hay una cruz. La Virgen de la Asunción ocupó un lugar lateral. Desaparecieron los altares laterales de estructuras neoclásicas. La mayoría de los santos ocuparon su lugar en la bodega. El obispo definió tres criterios para conservar estructuras y pinturas: valor estético, valor histórico y orientación litúrgica moderna. En sus palabras:

En este reacondicionamiento nos guiaron los siguientes principios: 1) restaurar todo lo que tuviese valor artístico o histórico y 2) hacer funcional la disposición interior para la asamblea cristiana reunida para: a) celebrar la palabra de Dios, b) hacer la Eucaristía, c) participar en los demás sacramentos y d) elogiar la acción santificadora del Espíritu en el recuerdo de los santos; expresar simbólicamente esas acciones con la disposición, forma y decoración de los elementos interiores.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH (fperez.deh@inah.gob.mx).



En 1959 Gregorio Lemercier fue nombrado prior del convento de Santa María de la Resurrección. Pocos años después se convertiría en foco de atención y polémica del mundo católico. Con el apoyo de su obispo incorporó la práctica del psicoanálisis entre los monjes. Mientras no se llevó a la consideración de la jerarquía romana, el experimento de Lemercier cosechó miradas de interés y debates más o menos álgidos. Contaba con la protección de don Sergio. Sin embargo, en 1964, el segundo año del Concilio Vaticano II, el prior llevó a Roma la experiencia del psicoanálisis desarrollada en su convento. Y Roma no es fácil de convencer, ni siquiera en medio de un concilio reformador. El asunto, le dijeron, sería examinado con rigor. Dos años después, en 1966, llegó la condena oficial: no sólo se prohibió el psicoanálisis, sino que Lemercier quedó fuera de la Iglesia.

En 1961 se fundó el Centro Intercultural de Formación (CIF), cuyo objetivo era formar a sacerdotes y laicos provenientes de Estados Unidos que realizarían su misión en América Latina. Se trataba del proyecto "Voluntarios del Papa", concebido para acompañar a la Alianza para el Progreso.

La Iglesia encargó la dirección del CIF a Iván Ilich, sacerdote vienés, de madre austriaca y padre croata católico. Para sus objetivos no podía haber elegido a un peor director, no por falta de capacidad de Ilich, que era muy competente y poseía una gran formación teológica y filosófica, sino porque se convirtió en un crítico acérrimo de la vida capitalista y del concepto dominante de la educación. Más que preparar a los misioneros estadounidenses para su misión colonizadora, los envió de regreso a sus casas, convencidos de otra cosa: el centro se convirtió en un sitio muy avanzado de reflexión católica, interesado en la realidad latinoamericana. En 1966 se convirtió en Centro Intercultural de Documentación (Cidoc),

cuya labor, durante los siguientes tres años, ejerció una gran influencia en varias áreas, sobre todo en teoría pedagógica. En 1966 el Cidoc quedó proscrito por la Congregación de la Doctrina de la Fe. Iván Ilich salió de la Iglesia.

En 1958 Juan XXIII sustituyó a Pío XII. Muy al principio de su reinado anunció que convocaría un concilio ecuménico. En 1963 se inauguró el Concilio Vaticano II. Durante los dos siguientes años el concilio revisó la situación de la Iglesia en el mundo y se reformó a profundidad. La intención era reestablecer una relación cercana con el pueblo católico. Una de las reformas más significativas fue la del uso de las lenguas vernáculas en los oficios religiosos y prácticamente el abandono del latín. Tras esa medida, que obviamente buscaba la cercanía y comprensión del pueblo, se desarrolló una concepción distinta de la función misionera y evangelizadora, sobre todo por parte de los obispos africanos. En el documento *Ad Gentes* se modificó en forma sustancial el sentido catequizador, al cambiar la idea de "llevar la palabra de Dios" a las otras culturas por la de "buscar la palabra de Dios" en las otras culturas.

En el concilio participó de manera destacada el obispo de Cuernavaca. Conocido ya como reformador por la obra realizada en la catedral, ratificó su talante al abordar temas como el de la castidad entre los ministros de la Iglesia. Además del concilio, que significó una reforma litúrgica, la encíclica *Populorum Progressio* (1967) comprometía a la Iglesia a una actividad pastoral más cercana a las necesidades del pueblo. Cita la encíclica un documento del concilio: "Dios ha destinado la tierra y todo lo que en ella se contiene, para uso de todos los hombres y de todos los pueblos, de modo que los bienes creados deben llegar a todos de manera justa, según la regla de la justicia, inseparable de la caridad".

Don Sergio, que poseía un pensamiento conservador en lo social y lo político (no en lo religioso), se encontró en la década de 1960 en medio de un ambiente reformista que todo lo abarcaba. En Cuernavaca él había cobijado la novedad del convento de Santa María y su prior Gregorio Lemercier; había recibido y apoyado los trabajos de Iván Ilich, primero en el CIF y sobre todo en el Cidoc; había sobrevivido a la crítica feroz contra su renovación litúrgica y arquitectónica de la catedral; había recibido los mensajes renovadores de las encíclicas de Juan XXIII *Mater et Magistra* y *Pace in Terris*, así como de Paolo VI, *Populorum Progressio*. Esta última, sobre todo, había encausado su actividad pastoral a una cercanía cada vez mayor con los problemas del pueblo, sus precarias condiciones de vida y las injusticias que sufría en forma cotidiana.

En 1968 se abrió una ventana más, quizá la decisiva, para el surgimiento de una nueva corriente en la Iglesia: la de la Conferencia de Obispos de América Latina, celebrada en Medellín, Colombia. Obispos de otras partes de México y de otros países habían experimentado una conversión parecida a la de don Sergio. Allí nació el pensamiento muy influyente de la teología de la liberación. Se acuñó y expandió la elocuente frase de “la opción preferencial de los pobres”. Quizá sólo entonces se habló en verdad de una Iglesia latinoamericana. Por su historia reciente y la personalidad ya muy reconocida de su obispo, Cuernavaca fue una de las capitales de ese movimiento. En 1969 don Sergio y otros obispos mexicanos, entre ellos el de Chiapas, Samuel Ruiz, caminaban hacia una conversión más radical. En Cuernavaca se recibían influencias teóricas de latinoamericanistas tanto del interior como del exterior del país. Unos años después, tras el golpe de Estado en Chile, llegarían sacerdotes que vivieron el corto gobierno socialista de Allende y emprendieron trabajos pastorales muy cercanos al socialismo. En 1972 se celebró en Chile la reunión Cristianos para el Socialismo, a la que asistieron religiosos de muchos países, pero un solo obispo, el de Cuernavaca. De la experiencia chilena nacería en Cuernavaca el movimiento de las Comunidades Eclesiales de Base, que después se desarrolló en todo México. Se trataba de comunidades cristianas organizadas en el Evangelio, pero dispuestas a participar en la vida social y económica. En el caso de Chiapas se desarrolló el movimiento catequista, propio de la pastoral indígena.

El obispo de Cuernavaca vivió la opción por los pobres, el compromiso de la Iglesia con el progreso del pueblo, en su relación con los obreros y, de manera específica, con el movimiento sindical. Allí fue donde enfrentó los mayores ataques desde el poder. En la década de 1970, durante sus homilías dominicales, a menudo aparecieron referencias a huelgas y protesta obreras. En sus palabras:

Levantamos nuestra voz para llamar la atención sobre los intentos de varias empresas, de varias industrias, para reprimir y desorientar a los obreros libres (independientes o no de la CTM). Dos empresas intentan vencer a los obreros en huelga con su poder económico por medio de la prolongación de las mismas huelgas por medio de publicaciones insidiosas, así como fomentando la división y la desconfianza contra los líderes [...] (2 de mayo de 1976).

Hermanos: vemos con dolor la prolongación de la huelga de Nobilis Lees. Los 200 obreros están abandonados



por su comité y hostilidad. Tengo una carta abierta que me dirigieron unos obreros porque dos obreros textiles están presos. Los acusó su comité de fraude. Me reprochan porque yo les recomendé en general un abogado honrado y sagaz. Me dicen que estoy defendiendo a estos ladrones. A mí no me consta que lo sean, pero sé que están siendo perseguidos no, como dice la carta, por las bases, sino por los que están manipulando las bases, en lo cual no es ajena la empresa. Yo quiero señalar esa falta de solidaridad, de conciencia de clase en los mismos obreros (23 de mayo de 1976).

Hermanos, yo voy a leer una denuncia: lo que sea de la agresión contra obreros de guardia ante su fábrica lo deben sustanciar ellos mismos ante las autoridades judiciales objetivamente, sin rencor, porque se trata de hermanos de clase engañados.

Ya saben ustedes que aquí, en Cuernavaca, a los obreros de IACSA los fueron a asaltar obreros engañados, esquiroles acarreados en autobuses. Yo me refiero brevemente a las calumnias contra mí y contra el presbiterio de Cuernavaca. Y así como muy concretamente es *El Herald*, precisamente. En ese periódico, que es el signo como más perfecto de la reacción en México.

Allí precisamente la CTM se dice [que] dizque allí firmaron los diferentes sindicatos de Morelos; no todos tuvieron el pudor de no poner a muchos que hubieran dicho que es falso, pusieron a muchos de esos pequeños inflados.

Entonces publicaron un desplegado de media página donde todos los males se los adjudican al obispo y a los sacerdotes; por eso sucede todo lo malo en el campo de la

industria. Se pretende desorientar a los obreros mismos y a todo el pueblo cristiano, y aun a los no creyentes con la falsedad, entre otras, de que retribuíamos a activistas desorientadores; más aún, se buscan los obreros mismos con engaños y ofrecerles dinero en mi nombre para la compra de armas contra las posibles agresiones. Personalmente y a nombre del presbiterio denuncié tales calumnias [...]

Que los obreros tienen razón está demostrado [...] al haber desconocido al comité de esquirolas, reconocidos por la Junta de Conciliación y Arbitraje, en connivencia con la empresa. Se había apoyado por unos 70, contra 800 o 900. Hizo también declarar existente la huelga desde el 28 de septiembre [...]

A finales de la década de 1970 don Sergio recibió el embate más fuerte de industriales, sindicatos oficiales, prensa y gobierno, pero también, y con gran furia, de la propia Iglesia. Habían pasado los mejores momentos de la izquierda de la Iglesia. Los conservadores recuperaron el dominio bajo el mando del papa Juan Pablo II. Los ataques dentro de la propia Iglesia mexicana eran furibundos. Transcribo un documento de la Conferencia del Episcopado Mexicano (CEM) de marzo de 1978:

Declaración:

MARXISMO Y FE CRISTIANA INCOMPATIBLES

El consejo de presidencia de la Conferencia del Episcopado Mexicano.

1. Manifiesta que se ha acentuado su preocupación por los más recientes pronunciamientos del Sr. Obispo de Cuernavaca –*Excelsior*, 20 de febrero; *Proceso*, 13 de febrero de 1978– donde abiertamente afirma la necesidad de acudir al pensamiento marxista para la realización del Reino de Dios en nuestros días.

2. Siente el deber pastoral de dirigirse a los cristianos de México para declarar una vez más:

A) Que la vida cristiana nace se nutre y sostiene de la buena nueva proclamada por nuestro señor Jesucristo, y de los sacramentos.

B) Que el Evangelio del Señor no está ligado con ninguna ideología o sistema socioeconómico.

C) Más aún, que hay sistemas, como el marxismo, que tienen una visión del hombre, de la historia y de la sociedad incompatibles con la fe cristiana.

3. Lo que intenta con esta declaración es únicamente decir aquella palabra de orientación que, con todo dere-

cho, esperan los cristianos de sus pastores en momentos de confusión.

México, DF, 9 de marzo de 1978.

José Cardenal Salazar (presidente de la CEM)

Ernesto Corripio Ahumada (arzobispo primado de México, vocal)

Alfredo Torres Romero (secretario general de la CEM)

Jesús Esaul Robles H. (vicepresidente de la CEM)

Rafael Ávila Ayala (tesorero de la CEM)

Adolfo Suárez Rivera (obispo de Tepiz, vocal)

La correspondencia de don Sergio, que se encuentra en su archivo personal, guardado en 20 cajas y que abarca prácticamente toda su vida como sacerdote (la mayor parte se concentra en sus años de obispo), permite apreciar la intensa lucha dentro y fuera de la Iglesia por mantener su idea pastoral. Documenta su trayecto, desde sus primeros años, en los que expresa un pensamiento conservador, hasta los años álgidos de la teología de la liberación, los años de resistencia ante los embates de la derecha asentada en la jerarquía del periodo de Juan Pablo II.

Bibliografía

Concha Malo, Miguel *et al.*, *La participación de los cristianos en el proceso popular de liberación en México*, México, Siglo XXI/UNAM, 1986.

Fazio, Carlos, *Samuel Ruiz, el caminante*, México, Espasa Calpe, 1994.

_____, *No quiero ser perro mudo. Don Sergio Méndez Arceo*, México, Equipo Celebrando a Don Sergio, 1998.

González, Fernando M., *Crisis de fe. Psicoanálisis en el monasterio de Santa María de la Resurrección, 1961-1968*, México, Tusquets, 2011.

Gutiérrez Quintanilla, Lya, *Los volcanes de Cuernavaca. Sergio Méndez Arceo, Gregorio Lemerrier, Iván Ilich*, Cuernavaca, La Jornada Morelos, 2010.

Leñero, Vicente, *Pueblo rechazado*, Cuernavaca, Instituto Cultural Morelos, 2010.

Macín, Raúl, *Méndez Arceo, ¿político o cristiano? (una revolución de la Iglesia)*, México, Posada, 1972.

Méndez Arceo, Sergio, archivo personal, Ocotepéc.

Reyes, Arturo y Miguel Ángel Zebadúa, *Samuel Ruiz, su lucha por la paz en Chiapas*, México, Milenio, 1995.

Robles Becerril *et al.*, *40 años de lucha libertaria. Frente Auténtico del Trabajo*, México, El Atajo, 2000.

Rosa, Martín de la, "La Iglesia católica en México, del Vaticano II a la CELAM III (1965-1979)", en *Cuadernos Políticos*, núm. 19, enero-marzo de 1979, pp. 35-52.